

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LOS PAISES HISPANOAMERICANOS

VISTO POR UN SABIO EUROPEO NATURALIZADO EN CHILE

NOTICIA Y EXTRACTO BIBLIOGRAFICO POR J. J. IZQUIERDO

EL profesor Alejandro Lipschütz, distinguido fisiólogo bien conocido por la destacada labor que ha llevado a cabo en la Universidad de Chile, con la publicación de su reciente libro "*Indoamericanismo y Raza India*" (1) acaba de demostrar que aparte de los problemas de la disciplina científica que cultiva, le interesan también los fundamentales de orden social de nuestro Continente. Sostiene en él la tesis de que aunque la estructura social de los pueblos hispanoamericanos se haya venido sustentando en el recocimiento de supuestas diferencias raciales entre sus componentes, ni tales diferencias reciben el apoyo de los estudiosos de la genética y de las cuestiones raciales, ni mucho menos representan las verdaderas determinantes de la condición de inferioridad que han guardado las masas indígenas y mestizas del Continente frente a otros grupos sociales, social, económica y políticamente más fuertes. En consecuencia, repasa diversas apreciaciones corrientes acerca de la "raza" india: puntualiza la función social que a ésta ha correspondido en nuestro Continente; discute las posibilidades de que resurja económica y culturalmente, y esboza en términos generales en qué debe consistir su resurgimiento.

Dado lo trascendental de la monografía del profesor Lipschütz, consignamos a continuación nuestra versión de las vistas más salientes que contiene.

1.—La composición racial y el espectro de colores sociales de los países hispanoamericanos

Los millones de indios y de mestizos, y el número mucho más reducido de blancos que han vivido en el Continente en número variable de generaciones, no constituyen grupos enteramente separados, sino continuados entre sí a través de numerosos grupos intermedios.

Como resultado de la ruda lucha que sostuvieron, desde un principio, se estableció entre el

conquistador y el indio un abismo, que aunque profundo, no fue debido a factores de orden biológico o social. Lo prueba el que también desde el principio empezara su mestizaje en gran escala, en la misma forma en que siguió a tantas otras conquistas que a la larga significaron el convivir de dos pueblos: romano y celtíbero; godo y celtíbero romanizado, o indio y español. Lo confirman los relatos de los conquistadores, que como los de Hernán Cortés no revelan desprecio para el indio, sino orgullo por haberlo dominado.

El desprecio del blanco por el indio se originó mucho después y no por consideraciones raciales, sino como resultado de que la masa indígena quedara desheredada y sometida a su dominio. Porque lo que la conquista española hizo, fue trasladar a las Américas una forma degenerativa del feudalismo europeo que sólo beneficiaba a los conquistadores en consonancia con su poder militar y que acabó con la organización agraria india—también feudal o estatal-centralizada—sustituyéndola con la encomienda, esclavizadora económica, legal y moral del indio. Los problemas de los frailes venidos a América y las leyes protectoras que se dictaron en España en su favor, fueron débiles reacciones contra un estado de cosas que a pesar de ellas se arraigó con tal vigor, que tres siglos después de la conquista, fueron los mismos neofeudales quienes se independizaron de España.

Así fue cómo en los países hispanoamericanos las funciones sociales resultaron cristalizadas en aspectos biológico-raciales diferentes: *blanco el señor; indio el peón*. Y entre estos límites extremos y en correspondencia con las transiciones a que daba lugar el mestizaje, toda la escala o *espectro de colores sociales* intermedios, a que quedó supeditada la vida social de las Américas. Sólo que, mientras el señor seguía invocando este espectro racial como base de sus privilegios, el mestizaje venía ejerciendo en sentido contrario poderosa *influencia niveladora*. Porque siempre ha

(1) Lipschütz, Alejandro. "*Indoamericanismo y Raza India*", libro de 68 páginas, 14 x 20 cms. 1937. Editorial Nascimento, Santiago de Chile.

bastado que el hijo del peón indio que andaba tras de un arado primitivo, aprenda el español y la ciencia de los blancos, para que con ello se convierta en "blanco", socialmente hablando. Lo curioso es que tan pronto como el nuevo blanco se ha afirmado en su nueva posición y gracias a ella ha acumulado puestos y dinero ¡cuántas veces se le ha oído declamar contra los "bárbaros", incapaces de asimilar la cultura "occidental"! Esto es a lo que Lipschütz llama *hipocresía racial*, ya que no siendo más que el movimiento de defensa de una clase social, se escuda en privilegios de raza que son puro mito.

2.—*Las opiniones desfavorables para el indio y los mestizos de América*

La opinión desfavorable para las masas indígenas y mestizas de América procede de varias fuentes.

Para algunos, el que reducidos puñados de españoles hayan bastado para desbaratar los reinos de los aztecas y de los incas, es prueba evidente de la superioridad "racial" del europeo sobre el indio. Precisa, sin embargo, reconocer que su victoria fue debida principalmente a su habilidad en el manejo de las combinaciones políticas y sociales y de las armas, factores que ni constituyen características biológicas, ni son exponentes de alta cultura emanada de superioridad racial.

Para otros, aunque admitiendo el valor biológico original de los indios, su raza se encuentra ya envejecida o degenerada definitivamente, a consecuencia de 400 años de dominación española.

Como de ser cierta cualquiera de estas opiniones, resultaría casi imposible la reivindicación del indio, urge justipreciar su verdadero valor.

A) *Los valores biológico-raciales y culturales del indio*

Desde luego, carecemos de seguras unidades de medida para decidir de los valores biológico-raciales en la especie humana. Las que se han empleado han sido arbitrarias y en extremo sujetas a las simpatías de cada investigador por determinado tipo humano o a los gustos de la época en que las ha utilizado. En cambio, si se comparan entre sí las diferentes razas y mezclas raciales, se comprueba que ofrecen muy semejantes posibilidades para llegar a dar lo que podría llamarse un tipo humano medio de desarrollo intelectual y social. Si nos volvemos hacia épocas pasadas de la historia y leemos lo escrito por Tácito, acerca de los romanos de hace 1900 años, se nos

antoja que bien podría haberlo escrito algún contemporáneo acerca de araucanos, aymeraes, quechuas o cualquier otro indio contemporáneo. Y lo interesante es que aquellos "bárbaros", que hasta el siglo V fueron tenidos en calidad inferior que hoy día muchos calificarían de "racial", luego progresaron rápida y firmemente y vinieron a constituir los pueblos más cultos contemporáneos (ingleses, franceses, alemanes y escandinavos). Si preferimos atender a los resultados de contactos más recientes entre diversas razas salvajes y los blancos civilizados—v. gr. de los papúas con los ingleses—también comprobamos análogas capacidades para aprender cuanto les enseñan los blancos.

La valorización de las culturas primitivas auténticas, a la luz de los datos de la psicología analítica y de la antropología social lleva a iguales conclusiones. Tanto, según Malinowski, como resultado de las observaciones que recogió entre los salvajes de una pequeña isla de la Melanesia, como según Jung, que convivió con ciertos negros del Africa, en las reglas, costumbres y creencias que rigen la vida privada y pública de esos primitivos se descubre profunda lógica económica y moral. Nada, según ellos, autoriza a pensar que el hombre primitivo sea más lógico o ilógico que nosotros, o que pueda pensar, sentir o percibir de modo profundamente distinto al nuestro. Apenas si difiere en lo tocante a sus ideas preconcebidas, que en cambio se descubre que le son útiles, porque, en cierto modo, son el resumen de su ciencia basada en la experiencia.

La antropología física, por su parte, tampoco apoya la idea de que tal o cual raza humana primitiva, pasada o contemporánea, tenga parentesco más cercano con el hombre fósil, siempre y cuando el "Homo neanderthalensis", al que tanta importancia se ha dado en las discusiones antropológicas, resulte el verdadero antepasado del "Homo sapiens" y no algún otro antepasado por descubrir, como lo estima más probable Rivet.

Todo parece indicar que el "Homo sapiens", a pesar de su polimorfismo físico y cultural, forma una entidad biológica bastante uniforme desde los puntos de vista evolutivo, biológico y cultural.

En el caso particular de los indios de América, los grandes centros de cultura (mayas, aztecas, incas), que evolucionaron hasta niveles culturales comparables a otros de Asia y de Europa, a pesar de su aislamiento geográfico, prueba en definitiva su capacidad de desarrollo cultural.

Claro está que entre los indios actuales existen grupos que, comparados con los demás, resultan

inferiores desde los puntos de vista físico y espiritual. Pero esto, que no mengua sus posibilidades de evolucionar hacia tipos culturales más próximos del promedio en la raza blanca, está por precisar hasta qué grado ha sido condicionado puramente por los ambientes *geográfico* y *humano*. Tan efectivo es éste, que se ha comprobado que basta para acarrear formidables diferencias físicas y espirituales entre individuos de material humano tan genéticamente homogéneo como es el de los gemelos idénticos.

B) *El supuesto envejecimiento y degeneración de la raza india*

En cuanto a lo del "envejecimiento racial", debe advertirse que, aunque se hable de juventud, madurez y vejez de los pueblos, las etapas que así se describen no están regidas por iguales factores, que los que determinan las correspondientes etapas en los individuos biológicos, sino por factores ligados a su economía y a la de los demás pueblos con los que llegan a entrar en contacto.

Lo que más ha decaído en los indios de América son sus valores culturales, materiales y espirituales, pero no lo biológico. Ciertamente pueden citarse grupos de indios cuyo número ha ido mermando considerablemente. ¿Pero por qué atribuir esto a la "vejez" de su raza, cuando en realidad se trata de una consecuencia de diversas condiciones externas e internas, tales como las guerras de la conquista y la destrucción de su organización social tradicional, no reemplazada por cualquier otra organización social dinámica y evolutiva?

Atentos a que parece descubrirse tanta más degeneración física e intelectual en las capas sociales de Hispanoamérica, cuanta más sangre india contienen, hay quienes consideran que sus problemas económicos y culturales no podrán ser resueltos mientras no cambie su composición racial, gracias a una nueva inmigración europea que luego sea mantenida sin mezclarse con el indio, a fin de evitar los resultados poco satisfactorios del mestizaje. Ilustran éstos, invocando lo observado con los bastardos, que, por lo general, son peores que sus padres, sobre todo en lo moral. Pero si los bastardos degeneran no es por causas de orden biológico-racial, sino debido a las condiciones del ambiente social y moral muy diferente en que crecen. En cambio, juzgado desde el punto de vista de su fertilidad, el producto del cruzamiento del español y del indio no es deficiente. Si su estado físico llega a decaer, ello es debido exclusivamente a la condición de desamparo en que se ha venido

encontrando, tanto desde el punto de vista social como desde el sanitario en particular. El alcohol y las nuevas enfermedades importadas al Continente, en mucho contribuyeron a la degeneración física de una fracción de los indígenas. Pero queda otra fracción indemne, que no es refractaria al desarrollo cultural, a pesar de su apariencia de degeneración, consecuencia de que la ley del espectro racial nunca le ha sido propicia.

Si, pues, tanto la degeneración física, como la cultural del indio son pura consecuencia de las condiciones sociales, una nueva inmigración blanca no haría más que cambiar algunos de los detalles del espectro social.

El remedio debe consistir en el *cambio de orientación social*. La experiencia basada en estadísticas, que ya se ha ganado en algunos países de Europa (países escandinavos, Suiza, Holanda), demuestra que bastan 20 o 30 años de mejoramiento social para que un pueblo, física y moralmente decaído, se recupere y transforme en vigoroso y moralmente sano. Ejemplo de cómo, gracias a leyes agrarias protectoras, un pueblo puede ser redimido de la miseria social y de la degeneración física, nos lo ofrecen en nuestros días los maorís de la Nueva Zelanda.

3.—*Reivindicación económica, cultural y social de los indios y mestizos y necesidad de que se incorporen, de modo efectivo, a la vida de los pueblos de Hispanoamérica*

Como los movimientos de orden social en general, la reivindicación económica y cultural de los indios y mestizos se ha venido realizando, a las veces inconscientemente y en otras, de modo consciente. "En la mayoría de los casos—dice Lipschütz—el comienzo es brumoso y Pancho Villa es el profeta. En seguida entra en acción el intelectual, indio, mestizo o blanco".

La reivindicación ni puede ser aplaudida por el encomendero, contra cuyos intereses choca; ni debe ser realizada en beneficio exclusivo de una clase social determinada. Su ejecución es fundamental para la economía nacional y para la fuerza del Estado. "Con rotos (pelados, se diría en México), hambrientos, en harapos mugrientos y piojosos; que vagan sin propio hogar; sin libreta de caja de ahorros y que desconfían de todos los que les son superiores en jerarquía social, no se puede desarrollar la industria nacional... ni formarle un mercado interior". "Tarde o temprano—sigue diciendo—, toda Indoamérica, al igual que México, dictará leyes sociales tendientes a la exterminación del rotismo (miseria, diríamos en México)

popular y con ellas logrará, al par que reivindicar económica y culturalmente a las razas indígenas, establecer las bases mismas de su vida. Que esto sucederá es ineludible y no por razones que tengan que ver con doctrinas sociales preconcebidas, sino obedeciendo a las más íntimas exigencias de la vida económica y social de todo un Continente”.

El profesor Lipschütz termina recordando que, puesto que tanto el indio como el español participaron en la formación de los pueblos hispanoamericanos, la nueva obra cultural que éstos deben llevar a cabo debe estar cimentada en las tradiciones culturales de ambos, completadas con las de origen más reciente. Con esto, el progreso cul-

tural de cada pueblo resultará adaptado a su propio proceso vital y le creará su propia *tradicional nacional*. Sin embargo, no llegará a alcanzar su cabal realización, sino cuando las masas indígenas se hayan incorporado y llegado a participar activamente en la vida de cada uno de los pueblos del Continente. Hasta entonces será cuando el proceso formativo iniciado por los países hispanoamericanos, a raíz de la Conquista, alcanzará su madurez. El internacionalismo hispanoamericano contribuirá a la misma finalidad, y *a paso y medida que vaya surgiendo la consciencia cultural indo e hispanoamericana, se irá hundiendo la severa ley secular del espectro racial.*

LA AGONIA DE LA ESPADA

P o r J O S E M A R T I N E Z S O T O M A Y O R

A mi querido amigo Agustín Yáñez.

LA vida como asociación es atadura y correspondencia de lo vario y homogéneo; pero también la vida es persistente contradicción. Dijérase que la vida integra—dinámica paradoja—una virtual antítesis en seguimiento de una conclusión fugitiva. Vida somática. Vida social. Mas, a las veces, por sobre el desequilibrio de las fuerzas que ruedan por la pendiente en busca de imposible remanso, se concreta de pronto, como por arte de magia, un producto que lleva en sí la esencia de lo contradictorio y cinemático, de lo afirmativo y negativo de una época, pero ya en clara armonía de síntesis.

Síntesis maravillosa es la espada. Cristalizando para su perfección en la Edad Media, es el expresivo instrumento que integra con exacta fidelidad el doble carácter de su siglo: la violencia y la fe. Jano de doble mirada y paisaje doble. Un poderoso aliento espiritual en los corazones y en ellos mismos el huracán desatado del dominio rapaz y de la muerte. Creación y destrucción fundiendo su contenido universal en idéntico vaso. Conventos de selección y ejércitos de rapiña. Y en nombre del amor a Cristo el Occidente se precipita sobre el Oriente. Odio y amor, unidad abrasadora y absurda. ¿No es admirable la síntesis de la espada medieval? La cruz en el puño, tibia de calor humano, y prolongando la misma cruz la hoja hiriente y fría, súbita perpendicular de ren-

cor. Opuestas y armónicas la suave leyenda de la mansedumbre y la cruenta realidad de la lucha. Confusión y equilibrio—acero firme—del pensamiento moral y de la acción conquistadora.

Por instinto, ante la aparición del símbolo, los pueblos le otorgan los atributos de su virtud, así a una deidad antigua. Objetivación de los sentimientos confusos que circulan en el organismo social y que se concretan en el hallazgo singular y tangible. Brillante, flexible y sonora, la espada fue al través de los tiempos el signo más autorizado del honor y la bravura: “Noble como una espada” se dijo al muy noble. Atributo de mando y de respeto, la espada se rindió en la derrota. Y signo de pureza se puso en medio de los niños desposados, príncipes en cuyo lecho—no tálamo—la política establecía alianzas de Estados. Signo de piedad el caballero besó, antes del combate, el puño del acero.

Pero la fantasía popular exaltada al calor de las hazañas guerreras llega a salvar las lindes de lo convencional y simbólico, hasta conferir a la espada una vida propia, sobrenatural, animada, de un valor intrínseco activo que convierte el arma en un ente orgánico y sensible, actuando en el reino de lo milagroso. La espada cobra así personalidad y nombre. Es el pináculo de la apoteosis. En las manos de Carlo Magno—más preciada que su cetro—Joyeuse; en las del Rey Arturo: Scalebor; Haute—llere de Olivier y—espanto de sarracenos—la tizona del Cid.